



# LA CULTURA POLITICA DE LOS AÑOS OCHENTA

*Roberto MESA*

**En enero de 1991 la revista *Sistema* publicó su número 100, con un tante de balance satisfecho y, por qué no, de conciencia tranquila ante el deber cumplido. Me sumé a la celebración, no en balde participé en su creación, con un artículo titulado pomposamente «La cultura y la política españolas. Desde la dictadura a la democracia». Sólo en sus últimos párrafos, muy discretamente, quizá demasiado discretamente, reincidía en la añeja polémica de la función del intelectual y su obligada comunicación, dialogante o discrepante, con el poder, sin renunciar nunca al ejercicio de la crítica.**

**E**ste mínimo recordatorio viene a cuento, cinco años más tarde, ya que los hechos sobrevenidos han replanteado cuestiones fundamentales. Aquel escenario con el que me identificaba ha cambiado sensiblemente. Todavía perviven, en muchos de nosotros, pues posiblemente nunca las superaremos, las huellas de la cul-

tura resistencialista vivida frente al franquismo. Las gentes de mi generación, la de 1956, nos hicimos en la negación de la dictadura. El aprendizaje de la democracia, aunque exultante, no resultó fácil. El carácter unitario y frentista del antifranquismo dejó resabios que, a la vuelta de la esquina, reverdecen de inmediato, invocando solida-

---

***La cultura política en la España  
de los ochenta se presentaba  
como una cultura política  
de izquierda.***

---

ridades que, a veces, ya no tienen razón de ser.

Mas, caminemos poco a poco. En el artículo de referencia escribía que en este género de textos late la tentación de seguir una difícilmente evitable narración biográfica. Y, así, decía: «De una o de otra forma, siempre se propende a confundir la vida del país con la propia trayectoria intelectual...». Y es que, a fin de cuentas, éste es el único recurso que nos queda a los que somos incapaces de elevar el vuelo y situarnos en planos teóricos más despersonalizados. Por lo tanto, sin más remedio, las líneas que siguen son una continuación de algo que empecé a escribir vitalmente hace ya mucho tiempo, en una ciudad provinciana de la década de los cincuenta. Y si Dios escribe con renglones torcidos, algunos somos incapaces de mejorar su caligrafía.

Por lo demás, los relatos personales que se inscriben en el tiempo no son inamovibles; por fortuna tienen una cadencia y una dinámica que hacen obligatorias las rectificaciones, ya que nadie está libre de la contradicción de su tiempo. Como es sabido, sólo los imbéciles y los que se toman por dioses tienen siempre razón y creen que el viento de la victoria sopla permanentemente a su favor.

La cultura política de la década de los años ochenta arranca con las elecciones generales de 1982. Con la Constitución de 1978 los españoles conquistamos una democracia que nos parecía inalcanzable. Fue un

indiscutible logro histórico. Pero, en 1982, los demócratas de izquierda, los nuevos y los antifranquistas de mi generación, nos cobramos una deuda histórica. Cerrábamos el ciclo iniciado en 1936 y, a la postre, resultamos vencedores de una guerra civil que habíamos perdido durante cerca de medio siglo. Tocábamos con la mano aquella vieja utopía que prometía «una sociedad más libre, más justa y más igualitaria».

Aunque fuese abusivamente, pues el país seguía y sigue ideológica y socialmente escindido, la cultura política en la España de los ochenta se presentaba, así lo queríamos, como una cultura política de izquierda. Todos los que queríamos un país distinto, es decir más justo, nos agrupamos, con militancia o sin ella, en torno al proyecto socialista y al partido político, el Partido Socialista Obrero Español, que había materializado el arrollador triunfo electoral del otoño de 1982. Por fin llegaban los días de vino y rosas.

En la ciudad francesa de Suresnes, en 1974, un importantísimo Congreso liquidó los restos del viejo partido socialista de la Segunda República y del exilio, y nació un partido de nuevo cuño que heredó las siglas del que se enterraba. No era una ruptura; simplemente se adecuaba una tradición a las necesidades de los cambios que se avecinaban en España. El PSOE que nació en 1974, la imagen puede parecer atrevida pero es eficaz a los efectos de la demostración, era un partido de jóvenes y para jóvenes que aspiraban a ser gobierno en una España democrática. Asumir la tradición, refundar un partido y aglutinar a toda la izquierda democrática no era tarea fácil. Pero se consiguió; entre otras cosas porque la otra izquierda, la comunista, no era democrática y, en consecuencia, no respondía a los deseos de la España de 1977, la España de las primeras elecciones democráticas. El eurocomunismo resultó flor de un día y los restos del naufragio acabaron

por hundirse en el Berlín de 1989. La izquierda española, en muy poco tiempo, se identificó con la socialdemocracia, la real y la posible, para desembocar, siete años después de la muerte del Dictador, en 1982, en el primer Gobierno socialista. El PSOE había conseguido no sólo el respaldo de las urnas, sino también un masivo y entusiasta apoyo popular avalado por diez millones de votos. El PSOE había demostrado previamente su sobrada capacidad parlamentaria en las filas de la oposición, y contaba con un joven secretario general ungido con todas las características del líder carismático.

Quizá, en este punto, surgieron las primeras dificultades. ¿Cómo se crea un partido de masas, un partido capaz de responder a las expectativas de diez millones de votantes? Ya en las elecciones generales de 1977 y de 1979, así como en las municipales, hubo no pocas dificultades para encontrar cerca de setenta mil militantes con los que confeccionar listas y estar presentes en todas las circunscripciones electorales. Materialmente no había tiempo para exigir credenciales socialistas acreditadas. Así, posiblemente, comenzó a emerger un peculiar tipo de militante: socialistas, junto a los que siempre se apuntan al partido ganador y aquellos otros de dudosa formación ideológica. El crecimiento también era necesario, no sólo por estas razones de dudosa eficacia, sino también por el mismo carácter de partido hegemónico, al erigirse el PSOE en la casa común, en el domicilio único, de la izquierda española. Afortunadamente, entre 1977 y 1982 transcurrió un periodo precioso para el aprendizaje en tareas de gobierno que correspondió a la constitución de los ayuntamientos democráticos.

A partir de los comicios de 1982 las compuertas de la organización socialista, en contra de los recelos de aquellos que pretendían mantener la cohesión ideológica, abrieron sus puertas a todos los recién llegados,

buna parte de los cuales realizaban una operación personal de adhesión al primer Gobierno socialista que gozaba de una rotunda mayoría parlamentaria. Este fenómeno es un rasgo más, entre otros, de los que caracterizan la fase por la que atraviesa actualmente el socialismo español. Comenzaba, también, la articulación de una cultura política cuyos males se padecen ahora. Confundiéndose los términos, al oportunista sólo se le exigió la militancia inquebrantable. Es, por añadidura, el momento histórico en el que el partido político va dejando de ser un órgano de producción ideológica y se va convirtiendo en una maquinaria electoral y en un depósito de militantes siempre bien dispuestos para consagrarse al servicio de la Administración.

En los Congresos socialistas posteriores a 1982 cristalizó esta línea y el partido fue puesto, lisa y llanamente, al servicio del Gobierno. Línea que, además, pudo consolidarse por los sucesivos triunfos electorales y que se arropó confortablemente con la excelencia de las circunstancias económicas. El clima imperante de fervor silenció toda posibilidad crítica en el interior del PSOE y también en sus alrededores, poblados por animosos compañeros de viaje. Es un periodo de gran interés, pero aún no documentado; con el paso del tiempo sería oportuno conocer si la tendencia finalmente ganadora, la que convirtió al partido en una correa de transmisión del Gobierno, tuvo que vencer alguna resistencia interna que propugnase la orientación contraria; es decir, una postura defensora del partido como

---

***Los diez millones de votos de 1982  
posiblemente transformaron al PSOE  
en un partido socialdemócrata con un  
gobierno para todos los ciudadanos.***

---

inspirador de las actuaciones de su Gobierno. Es muy posible que los diez millones de votos conseguidos en 1982 fueran decisivos a la hora de transformar el PSOE, un partido de izquierda, socialdemócrata, en un partido nacional, con un gobierno para todos los ciudadanos; planteamiento que, coherentemente, fue imponiendo una alarmante debilidad ideológica en los programas electorales y en algunos comportamientos del poder ejecutivo.

Por añadidura, la memoria histórica del socialismo español también tuvo un peso significativo. Más de un dirigente pensaría, razonablemente, que debería evitarse a todo precio la división que sufrió el PSOE durante la Segunda República y a lo largo de la misma Guerra Civil. Temor que, seguramente y es sólo una hipótesis, vetó toda corriente ideológica en el seno del PSOE, ya que Izquierda Socialista, por mencionar el ejemplo único, nunca ha superado el muy precioso valor testimonial. Por otra parte, aquel grupo cuyos integrantes se autocalificaron como «renovadores» sólo tejieron el ropaje que encubría ciertas diferencias de liderazgo y que, a la postre, sólo fueron de utilidad para hacer aún más robusto el personalismo en la dirección del propio partido.

En esta crónica personal, incompleta y difícilmente objetiva, pues los sentimientos también mandan, se mezclan frecuentemente las fechas y las etapas. Por borroso que sea el recuerdo, no es gratuito subrayar que la deriva no fue tan lineal como puede

---

***De los años iniciáticos de gobierno socialista provienen tanto sus logros como los fallos y los daños luego casi irreparables.***

---

aparecer en un simple memorial que no aspira a una absoluta coherencia ideológica, ni tampoco es un registro matemático en blanco y negro, sin matices.

El primer Gobierno socialista, constituido en 1982, emprendió una tarea que dio contenido al término fundamental del vocabulario de la nueva cultura política: la modernización. Educación, cultura, protección social y vertebración del Estado de las Autonomías marcaron los hitos más positivos de los primeros años de gestión socialista. La gestión del Estado vino a culminar el proceso ya iniciado en las administraciones municipales y autonómicas. Se puso en marcha el gran compromiso de la Constitución de 1978: la construcción en España de un Estado social y de derecho. Se dignificó, en consecuencia, el sistema de pensiones, se dotaron las no contributivas, la asistencia al desempleo y la universalidad y gratuidad de la sanidad y de la educación. Se consiguió insertar a las Fuerzas Armadas en el sistema democrático. Logros que, a menudo, se olvidan o se minusvaloran. No podía empezar con mejor andadura la gestión socialista. Sin embargo, también de aquellos mismos años iniciáticos provienen los fallos y los daños que luego casi se hicieron irreparables. Fenómenos que, en principio, pudieron parecer circunstanciales y luego devinieron en lamentables conductas habituales. Conjunto propiciado, además, por un clima de tolerancia, basado en un tiempo económico de prosperidad y abundancia.

España, en palabras desafortunadas de un ministro socialista, era el país en el que más fácilmente podía uno enriquecerse. Si desde una perspectiva el partido tendía a confundirse con el Estado, desde otra, tan negativa como la anterior, el patrimonio estatal también podía convertirse en individual. El enriquecimiento fácil no era condenable, aunque resultase difícilmente compatible con un ideario socialista. Lo

que sí debió ser punible, desde la primera muestra de esta práctica indeseable, era amasar fortunas personales con procedimientos turbios o, sencillamente, delictivos. Indudablemente, en tiempos de muchos gastos y de poca militancia no era fácil financiar las actividades de los partidos, arrojados a costosísimas campañas electorales. El cobro de comisiones se hizo práctica consentida y consuetudinaria; el paso que llevó a detraer cuotas personales sobre las comisiones «institucionales» se dió con tremenda facilidad y se toleró con silenciosa complicidad.

Si modernización fue la palabra clave de la cultura política socialista, pronto se completó con otras dos: solidaridad y eficacia. Los españoles fueron adquiriendo comportamientos inéditos. Así, si en lo interno la solidaridad se cumplió con una importante política asistencial (que no se completó con una más eficaz distribución de la riqueza), en lo internacional España puso en marcha considerables programas de cooperación para el desarrollo. En la actualidad, la cooperación internacional es una de las más importantes dimensiones de nuestra política exterior. Por contra, la prometida eficacia, correlato obligado de lo que debió ser la también proyectada reforma de la Administración, no llegó a conseguirse. En términos simplistas podría afirmarse que, incluso, la burocracia del Estado y de las otras administraciones tuvo sus efectos en la misma burocratización y funcionamiento de las estructuras del partido.

En esta visión, personal y precipitada, las imágenes y las realidades se agolpan; entre otras razones, porque las situaciones contradictorias también se precipitaron. Así, por traer a colación un ejemplo muy significativo, la edificación del Estado de bienestar, meta ansiada por toda la izquierda y hoy tan seriamente amenazada, se fue produciendo al mismo tiempo que aparecían los primeros casos de corrupción (otro tér-

---

***La edificación del Estado  
de bienestar se fue produciendo  
al mismo tiempo que aparecían  
los primeros casos de corrupción.***

---

mino de la cultura política de los años ochenta y siguientes); corrupción alentada por las invocaciones al enriquecimiento fácil y rápido y ante la que se reaccionó con culposa lentitud. Si hay una expresión desgraciada y vergonzante, que deberá ser expulsada rápidamente de nuestros usos lingüísticos y de nuestras prácticas políticas, fue la que se bautizó como «cultura del pelotazo».

En aquellos tiempos de entusiasmo y de ceguera era de mal gusto o «políticamente incorrecto» aguar la enorme orgía nacional. Con el viento de popa, todo era permisible y se forzó al máximo la exigencia de lealtades ciegas. El partido, transfigurado en Estado y simbolizado en el líder, pasó a la práctica de los contratos de adhesión. Aludo a un supuesto de alto significado. En 1966 no tiene sentido plantearse la cuestión de la pertenencia de España a la Alianza Atlántica e incluso de su integración en la estructura militar. Sin embargo, en el tiempo real de las elecciones legislativas de 1982 y del referéndum de 1986, la militancia socialista y toda la izquierda española se vió arrojada a un debate impuesto desde arriba y a obedecer fielmente las consignas del cambio. El problema de la OTAN supuso, a mi parecer, un desgaste ideológico cuyas consecuencias no se vieron en su momento o no quisieron verse. Como además nunca se explicaron las causas del cambio, la obediencia a ciegas abrió unas heridas que tardaron en cicatrizar. En esta tesitura, el referéndum sobre la permanencia de España en la OTAN

---

***El concepto anglosajón de  
«sociedad civil» no tiene  
ni encaje ni acomodo  
en el contexto político español.***

---

se tradujo en una aclamación del líder más que en un apoyo de las tesis del propio PSOE.

Los años transcurridos entre la segunda y la tercera legislatura, y los problemas que se fueron planteando, originaron una serie de efectos perversos que configuran la actualidad y que influyeron nefastamente en la cultura política dominante. Lenta, progresivamente, se fue materializando el distanciamiento entre la ciudadanía y sus gobernantes. De este modo la cuarta legislatura, tras las sombras y las luces de las celebraciones del 92, ha sido un periodo vivido angustiosamente.

El clima arrebatador y triunfalista de los primeros Gobiernos socialistas se trastocó en un conducta meramente resistencialista. Estos últimos años han sido no sólo de una grave parálisis ideológica, sino también de una aterradora desolación creativa. Los indiscutibles logros del pasado inmediato se vieron sepultados por los errores últimos y por el acoso permanente de los enemigos del socialismo. Tiempos, también, de una tremenda e interesada confusión. De forma tal que una cuestión tan terrible como la del GAL y el posible terrorismo de Estado, cuyo foro adecuado de esclarecimiento son los Tribunales de Justicia, donde han de dilucidarse todas las responsabilidades, personales e institucionales, se trasladó a otros escenarios. De tal manera que prácticamente todos olvidamos al enemigo principal, el terrorismo etarra, y nos dedicamos, en cuerpo y alma, unos bien

intencionados y otros con móviles menos confesables, a ejercicios de sadomasoquismo colectivo. Al calor de la pasión y de la confusión se alentó la discusión entre la responsabilidad penal y la responsabilidad política.

Y es que la cultura política de los años ochenta también alimentó un concepto, académicamente inatacable, pero política e ideológicamente perverso. Procedente del mundo anglosajón, nuestros intelectuales, doctrinarios y universitarios descubrieron y auparon a los altares a la llamada «sociedad civil». No me importa repetirme, ni tampoco equivocarme. Pero la extrapolación o la traslación se operó con una inquietante frivolidad. Lo que era un fenómeno histórico y coherente, en un determinado tipo de colectividades de cultura laica o protestante y de acreditada tradición democrática, no tenía encaje ni acomodo en el solar español. Como era de esperar, la derecha real y la derecha vergonzante se apoderaron rápidamente de la idea como de un ariete contra el socialismo; por su parte, el mismo socialismo y la izquierda no sólo callaron sino que, en más de un caso, se entregaron con fervor a la consagración de la «sociedad civil».

En España, la prédica de la «sociedad civil» puede ser absolutamente anti-democrática si se presenta como un escudo protector frente a un Estado opresor y autoritario. Ante la realidad de un Estado democrático y constitucional, como el de la España actual, la inventada «sociedad civil» es, lisa y llanamente, el pueblo que, gracias a la libertad, cuenta con los mecanismos y los instrumentos (partidos políticos, división de poderes, sistema de representación, etcétera) capaces y adecuados para transmitir y defender sus necesidades y sus reivindicaciones. Por si faltara algo más para la demostración, baste recordar en qué consiste y cuál es la «sociedad civil» en la España de los últimos años:

aquella que aspira a un modelo político en el que el pueblo delega sus facultades en fuerzas sociales, económicas y mediáticas al servicio de los intereses del mercado como grande y única norma reguladora. Más directamente: la banca, los medios de comunicación y, si llegado el momento es preciso, las instituciones religiosas bien arraigadas y conectadas con los aparatos económicos y financieros. Pues bien, durante algún tiempo, aun todavía, abundaron y abundan pensadores y políticos socialistas, y de la izquierda en general, erigidos en defensores de esa tramposa «sociedad civil». Insensiblemente se incurrió en la estupidez ideológica de propugnar una sólida «sociedad civil» abiertamente confrontada con un Estado que se quería cada vez más mínimo y debilitado. Todo ello porque se había llegado a tal grado de confusión ideológica que, desde la misma izquierda, más de uno creía, a pies juntillas, que en un sistema democrático el Estado es intrínsecamente perverso.

Al escribir estas líneas se cierra un periodo, inédito en nuestra historia, de gobernanación socialista. Cunde la tentación de realizar balances precipitados o interesados, incluso descendiendo al más mínimo detalle, con el riesgo de perder toda perspectiva. Posiblemente, en una primera aproximación, puedan adoptarse dos planteamientos que permitan comprobar no sólo el trayecto recorrido, sino también verificar en qué ha consistido la cultura política de los años ochenta y noventa y, sobre todo, qué ha quedado al final de aquel trayecto. El primero, de carácter general, comprendería la consideración de las políticas realizadas. El segundo, más estricto, abarcaría una consideración desde la óptica de la izquierda, del socialismo.

El primer planteamiento arroja un panorama de contrastes. Es indudable que el proyecto modernizador se ha llevado a cabo: en especial si se atienden a las políti-

---

***La mejora de la imagen de España en el escenario internacional se debe a su presentación como Estado comprometido con la democracia.***

---

cas sociales materializadas que, desde hacía tanto tiempo, esperaba el país. Desde esta modernización, la ciudadanía ha dado contenido a la solidaridad y a la cooperación. La acción de las Organizaciones No Gubernamentales ha sido muy importante, en cuanto ha registrado un considerable protagonismo popular; pero, indudablemente, la actividad gubernamental, dirigida por diferentes departamentos ministeriales, ha sido el motor de arranque y de arrastre. Por esta vía, la participación ciudadana y la corresponsabilidad han impregnado de sentido igualitario a la articulación del Estado de bienestar.

La modernización en las mentalidades también ha tenido su correlato en los hábitos sociales y en las estructuras materiales que han posibilitado la construcción de un Estado más igualitario, en lo interno, y más en condiciones de colocarse en «su sitio» en las relaciones internacionales. La mejora de la imagen de España en el escenario internacional se ha debido a su presentación como un Estado defensor de los derechos humanos, comprometido con la democratización y solidario con los más necesitados de ayuda.

También desde este mismo planteamiento general, la modernización, mal entendida y aupada en una situación económica boyante, tuvo algunos efectos nefastos, como quedó señalado más arriba. La patrimonialización personal de los bienes públicos empaña la imagen optimista de la cultura política de la década de los ochenta. Por fin, los

corruptos ya están ante los Tribunales de Justicia y los arribistas abandonan el barco en busca de mejor acomodo para sus intereses personales. Pero no menos cierto es que se perdió un tiempo precioso en reaccionar ante los escándalos, amén de haberse tolerado unas conductas que no encuadraban en absoluto con los principios de honestidad propios de la izquierda. Errores y culpas que, como era de esperar, fueron explotados al máximo por algunos portavoces de la llamada «sociedad civil»; el poder mediático, periodístico y radiofónico se erigieron en sucesores del poder judicial. Se produjo la portentosa majadería de sustituir la voz del Parlamento por las voces de las ondas. Se tardó en reaccionar y, por si fuera poco, se adoptó, como respuesta, la postura numantina ante un asedio en el que coincidieron intereses de todo tipo no siempre democráticos.

Desde el planteamiento particular, el propio de la izquierda, es decir desde el socialismo, se ha recorrido en poco más de una década el trayecto que conduce del entusiasmo iniciático, quizá prematuro, al desencanto y al derrotismo no menos injustificados. Debería insertarse aquí una reflexión política entre la utopía y lo posible; un viejo e inacabable debate, ya tópico entre intelectuales, que no conseguimos disimular o superar nuestra vocación política. Es preciso interrogarse si a veces no se confunde lo posible con lo inevitable. Por ejemplo, optar abiertamente, como se hizo con paso decidido, por el mercado y el neo-liberalismo económico. Esta cuestión y otras muchas,

---

***En poco más de una década se ha recorrido el trayecto del entusiasmo iniciático prematuro al derrotismo injustificado.***

---

quizá más capitales, deberían discutirse en estos meses.

Con la mirada puesta en un futuro, tan inmediato que ya es presente, con la experiencia de gobierno acumulada en cuatro legislaturas y asumiendo plenamente los errores cometidos, el PSOE no puede limitarse al ejercicio de una rigurosa oposición parlamentaria en tanto se aguarda otro favorable turno electoral. Sería no sólo oportuno, sino además imprescindible, abrir un debate en el que se considere no sólo el día a día. Resultaría suicida, consolidado un importantísimo techo electoral, ubicarse en la sosegada postura de la alternancia y aguardar al inevitable desgaste de los que, desde la derecha, van a desempeñar las funciones de gobierno. Por mi parte, no puedo, ni debo, incurrir en la necedad de apuntar un catálogo de problemas, de tareas y de prioridades. Pero, al mismo tiempo, tampoco quiero, ni puedo, renunciar a los muchos proyectos que soñamos en los tiempos oscuros del franquismo y en los prometedores de la gobernación socialista. Sueños que, a pesar de todos los pesares que pueden desgranarse, sólo puede materializar el Partido Socialista Obrero Español.

Dos pueden ser, entre otras, las tareas más urgentes. Una, permanecer alerta para que no sea desmontado el Estado de bienestar que ha sido el logro más importante construido a partir de 1982. Otra, que el PSOE vuelva a ser el corazón del debate ideológico y el creador de impulsos que orienten a toda la izquierda española. En otras palabras, que pueden ser tenidas por sectarias: el partido debe ser nuevamente tanto el centro de reflexión como el generador de políticas concretas. Son muchas las parcelas de poder autonómico y de poder municipal en manos socialistas; han de ser otros tantos escaparates donde se miren y se encuentren mujeres y hombres de izquierda ante a ofensiva que desarrollará la derecha.



Al mismo tiempo, el PSOE está obligado a recuperar la confianza de sus militantes y de sus seguidores. Obligación que pasa por la recuperación del vocabulario que vertebra la cultura socialista. La ética en el desarrollo de la función pública y un sentido moral de la política: izquierda y honestidad deben ser nuevamente sinónimos. Cultura socialista que, además, tiene que rechazar mensajes populistas y liderazgos excesivamente personalizados. Que la militancia no se reduzca a un melancólico pago de la cotización mensual y a la emisión del voto en cada ocasión electoral. Una cultura política que, además, tiene que ser global y, asumiendo todas las imputaciones posibles, ha de ser expansionista. Más claramente: la acción socialista está llamada a integrar a toda la izquierda posible. En otras palabras: el PSOE no sólo puede tener en cuenta como zona cultural y electoral el centro político, siempre inseguro y cambiante; debe ocupar todo el espacio de la izquierda. En España, la izquierda será socialista o no será.

Ahora, ya sólo puntos suspensivos y no punto final. El escrito fluctuante, modelo imperfecto de escritura continuada, comenzó en sus primeros párrafos como un intento de reflexión personal sobre lo que ha sido la cultura política en los años ochenta y, mecánicamente, ha desembocado en un memorial de deseos acerca de lo que podría ser la cultura política del socialismo. Todo lo que se escribe apresuradamente resulta desordenado; pero tiene, al menos, la virtud del apasionamiento, de lo espontáneo. También este ensayo de ordenación es fruto de su momento: tiene una fecha y una cruz. Las primeras líneas se redactaron bajo el impacto de los asesinatos de Fernando Múgica y de Francisco Tomás y Valiente, se continuaron durante la campaña electoral y se firmaron dos días después de las elecciones generales del día 3 de marzo de 1996. Este argumento temporal no es una petición de indulgencia; sólo es una explicación de los muchos titubeos y de alguna que otra desmesura.